



# **LA PANDEMIA**

***Fábula***

## LA PANDEMIA

Aquel invierno, en una ciudad de Asia, tuvo su origen la primera de las terribles pandemias que diezmaron la Humanidad en el siglo XXI. El virus, denominado corona, tenía precedentes. Se habían padecido al menos seis tipos distintos. Pero esta variante era nueva y no se conocía vacuna capaz de contenerla. Atacaba principalmente a las vías respiratorias, si bien ninguna parte del cuerpo estaba a salvo de sus consecuencias. Su índice de letalidad era mayor entre la población anciana, algo natural: un organismo octogenario no tiene las mismas defensas que uno joven o adulto. Lo que más sorprendió al principio fue su velocidad de propagación: en dos meses había contagiado a más de cinco millones de personas y provocado la muerte de trescientas mil. Pero lo que hizo este virus incomparable a cualquiera de sus predecesores fue su capacidad insospechada para aniquilar la libertad ciudadana. Así lo describió un batueco, superviviente de aquellos días:

## ÍNDICE

Estado de alarma  
Los medios  
El confinamiento  
El virus  
Las cifras  
UCI o sedación  
El diablo  
La nueva normalidad  
Los rebrotes  
El tiro por la culata  
La vacuna  
El toque de queda  
La carrera farmacéutica  
Salvar el comercio  
Navidad  
El comienzo del fin  
Primer aniversario  
Del confinamiento domiciliario a la parranda  
Campaña de vacunación  
Las fiestas ilegales  
Semana Santa  
Fallecidos por la vacuna  
Fin del estado de excepción  
El buen tiempo  
La quinta ola  
Inmunidad de grupo  
La variante Ómicron  
Otra forma de vacunar  
Actuación inconstitucional del Gobierno  
Nuevo mantra gubernamental  
La Corona atacada  
La guerra  
Fin (oficial) de la pandemia

Se acabaron los paseos. Si salimos a la calle nos obligan a justificar el motivo, y pasear con alguien a quien amas no les parece una razón. Lo es llevar los desperdicios hasta el contenedor de basura o ir a por pan, pero de uno en uno y distanciados por dos metros de la persona más cercana. En casa podemos dormir juntos, acariciarnos, hacernos el amor. En la calle, debemos ir cada uno por su lado, como desconocidos.

La primera mañana caminábamos igual que todos los días, uno junto al otro, cogidos de la mano. Un agente de la ley nos dio el alto y procedió a denunciarnos. Era absurdo, era injusto, pero qué sentido tiene discutir con la autoridad. El uniforme exige la obediencia ciega de quien lo viste. Lo priva de razonamiento, conciencia, juicio. Decir que sufríamos el avasallamiento de unas fuerzas del orden deshumanizadas habría sido una redundancia.

Días después, cuando recibimos el informe, leemos que caminar cogidos de la mano es un atentado grave contra la salud pública. A través de la ventana me llega una risotada. Viene de abajo, de la esquina. Dos guardias civiles bromean con dos municipales. No llevan mascarilla ni guantes ni mantienen la distancia que imponen al paisano sin placa. Se cogen del brazo, ríen, uno da una bofetada cariñosa a otro... Pero a ti no te dejan pasear con tu pareja. Todos, desde el que dicta la disposición hasta el que pone la denuncia, son culpables de atropello.

Vivimos la mayor agresión que puede sufrir el ciudadano en tiempos de paz: la razón sometida a la consigna, a la orden, al decreto incontestable de cuyo cumplimiento se encargan unas fuerzas omnímodas que dicen actuar en nombre de la ley. Pero el objetivo de la ley es evitar que las personas hagan daño, y una pareja cogida de la mano no lo hace, lo diga quien lo diga.

El estado de alarma limita las libertades civiles y permite a las fuerzas del orden tratar al ciudadano honrado como si fuera un delincuente. En Filipinas, la orden es disparar a matar. Aquí estamos lejos de eso. Pero nunca se sabe. Ninguno de nuestros presidentes se había atribuido tanto poder como el que ahora nos gobierna, y esto lo aproxima peligrosamente al perfil del dictador. Cuidado con el político de la buena estrella: hasta de la biología saca partido.

### *Los medios*

También los medios de comunicación criminalizan a quien sigue la razón en lugar de la consigna. De la noche a la mañana, los miembros de las fuerzas del orden son ensalzados como héroes. Todos, del primero hasta el último. También los que apalean a los trabajadores cuando reivindican una distribución más justa de la riqueza, los que extorsionan a las prostitutas para obligarlas a darles servicios gratuitos, los que atemorizan a su mujer y, llegado el caso, le meten en la cabeza una bala reglamentaria, los que facilitan el trabajo de los narcos a cambio de una recompensa, los que crean pruebas falsas contra los rivales políticos de sus jefes...

Luego, a la hora señalada, recibirán el aplauso de los sanitarios, al que corresponderán con el suyo en cumplimiento de un nuevo rito. Hay estadísticas sobre el número de mujeres que alguna vez se han sentido violentas por la actitud de un hombre: cien por cien. Si donde dice *hombre* pusiéramos *médico, radiólogo o enfermero*, la respuesta seguiría siendo cien por cien. Pero hoy, la Sanidad solo la componen héroes. También el médico que hace sentirse violenta a una mujer, también la enfermera que maltrata a los ancianos a su cargo en la residencia. Todos héroes. Lo manda el ritual.

Los medios piden la solidaridad ciudadana con los profesionales de la salud. Pero mientras al ciudadano le está prohibido pasear junto a su pareja, grupos de sanitarios bailan la conga agarrados por la cintura y se abrazan haciendo piña. «Es una muestra de humanidad», dice la máxima representante de la región. De insolidaridad, debiera decir: con los ciudadanos sometidos a las normas; con los familiares de los fallecidos que aún los lloran.

Los medios falsean las conductas. El mismo presentador que ensalza el comportamiento ejemplar de la ciudadanía informa de que las denuncias por saltarse el confinamiento ya superan el millón. La incoherencia no lo hace enojecer.

En su pretensión de credibilidad, los medios salen a la calle para consultar al ciudadano. La espontaneidad de las respuestas se pierde luego, durante la edición, cuando son filtradas de un modo conveniente. Así, el discurso oficial parece refrendado por la ciudadanía. Por supuesto, nadie dice que no se castiga la imprudencia sino el desacato.

### *El confinamiento*

La palabra *confinamiento*, ya hostil por su significación represora, adquiere rasgos de perversidad cuando fuerza convivencias incompatibles. Desde que empezó esta reclusión, el número de mujeres agredidas por su pareja dentro de los límites domiciliarios ha aumentado de un modo perturbador. Más allá del ámbito doméstico, tampoco los vecinos están preparados para soportarse. Leo una carta:

«Desde que las normas reguladoras del comportamiento permitieron la movilidad entre municipios, una vivienda cercana a la mía ha sido elegida por un grupo de jóvenes para hacer del confinamiento el mejor verano de su vida. La fórmula es simple: reunión multitudinaria, música a todo volumen, baile, karaoke...

»Durante toda la semana, estuve llamando al Centro de Seguridad Ciudadana sin que sirviera de nada. La unidad policial no llegaba porque tenía conflictos más graves que atender o lo hacía cuando los infractores ya estaban en la playa, en la feria o donde les pareciera, de modo que los agentes solo encontraban una madre que se fingía extrañada porque alguien pudiera quejarse del comportamiento de sus hijos.

»Ayer llamé a la policía local cuatro veces. La primera fue sobre las dos de la tarde. Pasadas dos horas, ninguna unidad se había presentado, por lo que volví a llamar, esta vez para decirles que anulasen el aviso: no hacía falta que viniesen a la casa del ruido porque ya me iba yo de la mía. Estuve fuera hasta las ocho de la tarde. Cuando regresé todo seguía igual. Volví a llamar. Una hora más tarde, los transgresores se tomaron un descanso, así que llamé por cuarta vez para anular el segundo aviso. A las dos de la madrugada, de nuevo retumbó la música, reforzada por los gritos de una chica: «¡En mi casa hago lo que me da la puta gana! ¡Que le den por culo al vecino que da por culo!». Grita alto y claro. Sabe que puede hacerlo. Su padre, el titular de la vivienda, es agente de la Policía Nacional.

»En la ventanilla del CSC me dicen que sus atribuciones no van más allá del apercibimiento. En caso de reincidencia, debo presentar una denuncia ante otro cuerpo con más capacidad resolutoria. Naturalmente, no vuelvo a dirigirme a ellos. Ni siquiera cuando, en los días siguientes, el alboroto, engallado, crece en ruido y en número de asistentes.»

¡Pobre hombre! Las Batuecas es un país sin futuro, pero él no lo sabía. Ha tenido que venir el virus para abrirle los ojos. Desde que empezó la transición, cada generación ha sido más estulta y negligente que la anterior con el resultado de una sociedad de causas sin rebeldes. Y ahora, cuando todos naufragamos en un mar de pasotismo, las cigarras desperezan sus timbales para ponerse en cabeza de la

contestación a las restricciones. No soportan estar en sus casas, porque el hogar y la familia son un bluff. Quieren estar con sus amigos, dicen, pero han pervertido el concepto de amistad.

Si yo fuera grafitero  
llenaría la pared de tu instituto  
con llamadas que quizá no entenderías  
porque escribo con palabras completas.  
Crees que vivir la vida a tope  
es alzar la voz más que los otros,  
el comentario vacío, la risa hueca,  
el baile zafio, la corrida sin ternura.  
Dijo Lennon a su hijo: la vida es lo que pasa  
mientras andas distraído en otras cosas.  
Un día tú también tendrás un hijo y no sabrás qué decirle  
porque de nada sabes.  
Si te hablo de tanto músico, pintor, literato,  
cuya obra desconoces,  
te encoges de hombros con indolencia suicida  
y te entregas a un ocio que te hace idiota  
porque el tuyo es un ocio de mala calidad.

*El virus*

En las Batuecas siempre creímos tener la mejor Sanidad del mundo. Quizá porque si todos decimos la misma mentira podemos hacer que parezca verdad. Sin embargo, el virus ha venido a demostrarnos que vivíamos en el autoengaño. Cierto que no fuimos los únicos. La Organización Sanitaria Universal también demostró la falta de preparación de sus técnicos y se enredó en una sucesión de afirmaciones y desmentidos que retardaron la toma de conciencia general y facilitaron la expansión del virus por todo el mundo.

Al día de hoy, dos meses después de que falleciera el primer batueco, poco puedo decir sobre esta pandemia. Como no soy médico, solo hablaré de la repercusión social del virus:

Es desconocido: no se sabe cuándo ni cómo se originó. No hay vacuna ni la habrá antes de un año. Nadie conoce un modo eficaz de combatirlo. Ni siquiera si lo hay.

Es selectivo: agrade a una pareja que se dirige al mercado en el mismo coche, pero mira hacia otro lado si el presidente del Gobierno comparte el suyo con tres acompañantes.

Es puritano: te ataca con la mayor virulencia si te pilla haciendo el amor en el interior de un coche.

Es inconstante: con el paso de los días su rigidez moral se relaja siguiendo un orden extraño: primero te permite pasear con un perro, luego con un niño y, solo en último lugar, con la persona con quien duermes.

Es leguleyo: improvisa leyes con las que condena hábitos que días antes eran, y días después volverán a ser, modelo de civismo. Por eso yo sé que si me denuncian por dar la mano, un abrazo, un beso, el delincuente no soy yo.

Es recaudador: más de un millón de multas; y favorece el ahorro: decenas de miles de pensionistas fallecidos. No hace tanto, la máxima autoridad de la economía mundial se mostraba preocupada por la longevidad de los pensionistas.

Es desconsiderado con la familia: si te infectas de gravedad, serás apartado de los tuyos sin que se atiendan sus peticiones de información; y, si falleces, recibirán un certificado, pero no tu cuerpo, tragado por la burocracia.

Es prioritario frente a otras dolencias: ofuscadas con la evolución de sus cifras, las autoridades han suspendido los servicios habituales de atención primaria, urgencias, rehabilitaciones, seguimiento de enfermos crónicos... Que no te pique una avispa porque te será difícil encontrar quien te atienda. Las picaduras no se contabilizan en las estadísticas.

Es juerguista: demora la apertura de centros de trabajo, de enseñanza y de atención primaria, pero tiene prisa por abrir bares, playas y espectáculos.

Es mercantil: su gravedad depende de la presión recibida por los agentes económicos, mostrándose especialmente sensible al sector del turismo y la hostelería. Especialmente llamativa es su incidencia en el comercio de material sanitario. Desde el comienzo de la pandemia, la información sobre el uso de mascarillas fue sesgada. Las autoridades tardaron tres meses en reconocer que habían mentido a la población porque no disponían de un número suficiente de mascarillas. Primero, cuando la demanda de mascarillas desbordó las existencias, afirmaron que su uso no protegía a quien la llevaba y que, si se mantenía la distancia de seguridad, llevarla era absurdo y hasta, en algunos casos, perjudicial; luego, a medida que el mercado se fue abasteciendo, la mascarilla se hizo aconsejable y, finalmente, obligatoria. En este río revuelto, las farmacias vendieron las mascarillas a un precio cinco veces superior al que tendrían un mes después en el mercado abierto. La misma especulación encareció los tests. El mercado solidario es un oxímoron.

Lo cierto es que nadie sabe qué hacer. En cada país se aplican procedimientos diferentes, incluso opuestos. Los dirigentes suecos no han sugerido el menor cambio de conducta a sus ciudadanos. La vida transcurre allí como siempre. Con la diferencia de que a los pocos que usan mascarilla se los mira mal.

### *Las cifras*

Casi todo es manipulable, especialmente las cifras. Conscientes del descrédito oficial, las autoridades hacen dar la cara a un hombre que transmite profesionalidad y bonhomía. Es como el cura obrero que maquilla al obispo. Igual que con las mascarillas, este prestidigitador de las cifras, tiene que desdecirse continuamente. Después de que atribuyera al virus una letalidad baja, en apenas dos semanas las cifras se han duplicado.

Las autoridades sanitarias apelan a la responsabilidad de los batuecos y les piden que se hagan las pruebas pertinentes. Pero los números de teléfono que ofrecen no son atendidos. El miedo, que no el buen juicio, promueve la realización de pruebas en clínicas privadas, costosísimas y no garantadas de fiabilidad.

La situación alcanzaba niveles tenebrosos cuando las cifras se estancaron y, al poco, empezaron a bajar. En solo dieciocho días, la mortandad diaria en nuestro país ha bajado de 950 defunciones a menos de 400. Las autoridades dicen que este alivio es fruto del estado de alarma por ellas decretado. Pasan por alto la selección natural.

En cualquier pandemia, la muerte de los más débiles, por ancianidad o patologías previas, se produce durante los primeros días, dejando en pie a los más resistentes. El descenso de la letalidad era lógico. Igual pasó con la reciente crisis económica. En su origen, el paro creció a velocidad de vértigo. Luego, el incremento se fue

moderando porque había menos gente a quien despedir. Un ejemplo más doméstico es el de alguien que se pone a dieta para combatir la obesidad. La primera semana baja doce kilos, seis la segunda, tres la tercera y así hasta el adelgazamiento cero. Lo que estabiliza las cifras es que ya no queda grasa por quemar.

No niego el influjo de las medidas, pero no son el único factor. Y si conllevan la supresión de los derechos ciudadanos, pueden hacer más mal que bien.

### *UCI o sedación*

Ante la imposibilidad de atender a todos los batuecos infectados, las autoridades han activado el protocolo de catástrofes que regula el tratamiento de enfermos según los años y calidad de vida que se les atribuya tras la recuperación. Según este documento, los recursos no se deben destinar a quien más los necesite sino a quien más los *merezca*. Aplicado a los pacientes de edad más avanzada esta evaluación alcanza niveles de máxima crudeza: UCI para los recuperables, sedación para los desahuciados. Probablemente sea el criterio más razonable, pero la exposición pública de un vídeo, en el que un médico transmite a su equipo las instrucciones recibidas, ha desatado un coro de voces airadas.

Los allegados de quienes han sido, y son, sacrificados impugnan la medida por discriminatoria. Nunca se cuestionó la consigna: «¡Las mujeres y los niños primero!» cuando un barco se iba a pique. ¿Y qué es la insuficiencia de recursos sino un naufragio? Veo también que el enojo no golpea la cabeza de quienes redactaron el documento sino la del médico que lo explica. Siempre es más fácil matar al mensajero.

Una reflexión última: El buen juicio asocia sedación con sosiego y UCI con martirio. Pero el común de los batuecos asocia martirio con muerte cristiana y sedación con eutanasia. Por eso, en las Batuecas se defiende la UCI frente a la sedación.

### *El diablo*

El virus lo está penetrando todo. Ayer se coló en el despacho de un presidente de universidad y encontró bajo la alfombra algunas reliquias del oscurantismo que se creían perdidas hace siglos. Enfurecido por la intromisión, el titular del despacho ha revelado al mundo la esencia real del virus, aún ignota para los científicos: «El coronavirus no es voluntad de Dios sino de las fuerzas del Mal. De las fuerzas oscuras del Mal. En cada generación aparece el Anticristo con sus servidores queriendo usurpar el nombre de Dios. Pero el Mal no triunfará sobre el Bien porque las Tinieblas nunca podrán con la Luz. Bill Gates y George Soros anuncian desde hace años que se avecina el coronavirus. Quieren controlar nuestra voluntad con un *chis* (*sic*). ¡Pero, qué se han creído! ¡Son esclavos y servidores de Satanás! ¡No les tengáis miedo!»

En 1834, un batueco ilustrado, que se hacía llamar *El Pobrecito Hablador*, escribió: «En el día de hoy podemos decir que han desaparecido muchos de los vicios de la educación que no podían menos de indignar a los hombres sensatos de fines del siglo pasado. Rancias costumbres, preocupaciones antiguas hijas de una religión mal entendida y del espíritu represor que ahogó en España, durante siglos enteros, el vuelo de las ideas». Doscientos años después (o casi) la escolástica, inmune al progreso, mantiene capillas en las universidades y afianza en los sillones



presidenciales submentes que entienden la vida como una lucha permanente entre Dios y el Diablo.

### *La nueva normalidad*

Oigo que este año los árabes no podrán peregrinar a La Meca, lo que supondrá una pérdida de diez mil millones de dólares americanos para el gobierno saudí. Las peregrinaciones se cuantifican en dinero, sean religiosas o lúdicas. En Occidente, salvo Lourdes o Fátima, los destinos de las grandes migraciones humanas son turísticos. Un rasgo inherente al turismo es la relajación de la conducta. Sea cual sea su grado de educación, el turista viaja para hacer fuera lo que no puede hacer dentro, desde conocer otros paisajes y monumentos a correrse la juerga de su vida. Es evidente que una tierra que basa su economía en el turismo no puede imponer la contención en sus calles. De ahí que, siguiendo lo que dan en llamar desescalada, las fuerzas del orden hayan pasado de la mano dura al guante de seda, de multar a las parejas a informar a la multitud y, llegado el caso, a mirar para otro lado. Se acerca la temporada turística, principal fuente de ingresos de las Batuecas.

Para animar a los visitantes, se ha pasado del *Resistiré* al *Dime cuándo tú vendrás* y del confinamiento a una Nueva Normalidad. Este slogan hizo que algunos alumbrásemos la esperanza de que en la *nueva* se corregirían los vicios de la *vieja*, pero no parece que vaya a ser así. Millones de batuecos se han lanzado a las calles y playas para recuperar terrazas, botellones y barbacoas, despreocupados de la esclerosis que siguen padeciendo los centros de salud y de enseñanza.

Restablecida la libre circulación entre provincias, a los batuecos les ha faltado tiempo para colapsar las carreteras. Huyen de sus ciudades, de sus casas, de sus rutinas. Anhelan los excesos vacacionales, acostarse de madrugada, levantarse después del mediodía. Pese a las medidas de emergencia para ayudar a quienes llevan meses sin ingresos, pese a las filas de indigentes ante los bancos solidarios de alimentos, las Batuecas se esfuerza en parecer la región más feliz del mundo y en todo encuentra motivo para la celebración multitudinaria: aquella presidenta irresponsable que vio un gesto humanitario en la conga de las enfermeras anuncia una corrida de toros en homenaje a unos sanitarios a los que sigue obligando a trabajar sin recursos. Frente al virus, charanga y pandereta.

También ha vuelto el fútbol. El centro donde hacías gimnasia sigue clausurado o restringido, pero tu equipo de fútbol ha ganado el ascenso a una categoría superior y puedes celebrar la llegada de los futbolistas al estadio, apretarte hombro con hombro junto a otros centenares de hinchas y desgañitarte, libre la boca de la incómoda mascarilla que pudiera ahogar ese grito con el que reflejas tu alegría bastarda, quizá contaminada. Las fuerzas del orden se ponen de perfil. Solo procuran que no estorbes la marcha del autobús.

### *Los rebrotes*

Los *reencuentros* ya están provocando lo que han dado en llamar *rebrotes*. A mí, este nombre no me convence. Pienso que el virus no ha dejado de estar aquí.

Se culpa del incremento de contagios a la irresponsabilidad de quienes han vuelto a sus prácticas gregarias sin respetar las prescripciones. El mayor desacato se produce entre los jóvenes. Se los ha alimentado con dogmas existenciales como *a vivir que son dos días* o *solo se es joven una vez*, y se les ha consentido, incluso alentado, la *fiebre del sábado noche*, el *erasmus*, el *botellón* o cualquier forma de burla a las normas como la única manera de sentirse vivos. Y ahora, de sopetón, los mismos próceres les piden que actúen como *adultos*.

Las autoridades siguen desorientadas, pero no por eso dejan de dictar normas de cumplimiento obligado. Ahora han inventado el *confinamiento quirúrgico*. Los primeros en recibir una lección práctica son los vecinos de un edificio que desde hoy no pueden entrar ni salir del inmueble. Para que no pasen hambre, les llevan la comida al portal, donde bajan de uno en uno a recogerla. El *Ensayo sobre la ceguera* parece cada vez menos ficción.

No hace mucho, negaron validez a las mascarillas que algunos ciudadanos habilidosos confeccionaban en sus propias casas. Hoy han proscrito las mascarillas con válvula que hace tres meses eran un producto estrella. Ni los fabricantes saben en qué invertir su dinero. Desde el poder, las autoridades se atribuyen el monopolio del conocimiento. Pero su credibilidad está muy dañada: ¡tantas veces han mentido o se han equivocado!

### *El tiro por la culata*

Ayer, los batuecos dieron un nuevo ejemplo de su fragmentación secular. Mientras el monarca y toda la plana mayor del reino, enlutados, silenciosos, contritos, rendían un homenaje respetuoso a las víctimas de la pandemia, la plebe inundaba terrazas y playas con un ansia de fiesta que reflejaba su desdén por caídos y allegados. Hoy, todos los informativos han confrontado imágenes de unos y otros para dejar constancia de la gran humanidad de los líderes frente a la irresponsable desafección del pueblo llano, que solo muerto merece respeto y homenaje.

Las imágenes difundidas sobre los excesos en territorio batueco llevan a dirigentes de otros países a evitar que sus súbditos viajen a nuestro país. La noticia suscita diferentes lecturas. El hombre que transmite profesionalidad y bonhomía se alegra por razones de salubridad. Al presidente del Gobierno lo preocupa su alcance económico. La discrepancia se salda por la regla de que lo primero es lo primero. O sea, el dinero. Y se busca dar la imagen de unas Batuecas libres, o casi, de virus.

Pero en plena *nueva normalidad* se multiplican los brotes de contagios. Una tras otra, las regiones van retrocediendo a estadios de confinamiento de los que habían salido en falso. ¿Por qué lo hicieron? Para engañar al veraneante. El trampantojo no lo inventó la plebe, sino los que se ponen a sí mismos la etiqueta de responsables: autoridades y medios de comunicación, que hablan de salud con el oído atento al tintineo.

Ahora, desbordadas por las consecuencias de su irresponsabilidad, las autoridades responden con nuevos recortes. Ni siquiera descartan la posibilidad de volver al estado de alarma. Esta declaración pone en pie de guerra a los empresarios de la hostelería y del ocio nocturno. Dicen que si cierran sus establecimientos cientos de miles de batuecos perderán su empleo, y que el hambre también mata. No les falta razón. Pero si ahora nos vemos en la disyuntiva de morir de hambre o infectados es por carecer de un sistema económico sostenible.

Porque lo cierto es que las Batuecas no tienen un sistema sostenible de producción de bienes. Desde la goma de borrar hasta la tele de plasma todo nos viene de fuera. La economía batueca se basa en la hostelería y el ocio nocturno. Sin turismo se hunde.

Dice el propietario de un local nocturno que la medida de adelantar el horario de cierre tendrá un efecto negativo, ya que los clientes reanudarán la juerga en calles y parques. Como argumento no convence. Los batuecos estamos vacunados contra el chantaje. Hace unas décadas los indigentes nos tendían la mano diciendo que si pedir es feo, peor es robar. Ahora, los propietarios de antros dicen que también ellos tienen que vivir. Y los fabricantes de bombas. Lamentamos la quiebra de cualquier

negocio, pero quizá después de esto el Gobierno facilite a los empresarios de la juerga la inversión de sus capitales en actividades más saludables, que las hay. Menos servir copas y más hacer tornillos.

Tampoco el consumidor de juerga acepta que se la quiten por decreto. Siempre se nos había dicho que ser batueco era una bendición del cielo, que solo nosotros, con nuestras comidas tardías y nuestra afición al traspasado, sabíamos entender la vida. Ahora, nos dicen que debemos cambiar de costumbres, cenar antes y acostarnos antes. En otras palabras, hacernos más europeos. Vale, pero en Europa hay trabajo. Me temo que en la nueva normalidad seguirán emigrando los batuecos de talento y quedándose los de botellón.

### *La vacuna*

Ante la falta de una vacuna efectiva, se estudia la adquisición de un producto que ya había demostrado su eficacia en pandemias anteriores. Se llama Remdesivir, y lo comercializa una farmacéutica estadounidense al precio de 2000 euros por paciente. No evita el contagio, pero acorta en cuatro días la estancia de los enfermos en los hospitales. Esto supondría un ahorro superior a diez mil euros por cabeza. El problema es que el líder de la mayor potencia mundial ha acaparado la práctica totalidad del producto antes de su salida al mercado.

Alguien alentó la esperanza de que el virus fuese estacional y sucumbiera por sí solo al llegar el verano. Pero el calor y las prácticas propias de este tiempo han disparado el número de contagios. La propagación de la pandemia, con más de 25 millones de infectados y cerca de un millón de muertos en el mundo, ha puesto a las autoridades en el disparadero. A finales de agosto, anuncian la participación de científicos batuecos en la obtención de una vacuna que podría estar lista antes de acabar el año. Para superar el reto, ya han dado luz verde a las pruebas con voluntarios humanos. Pero la aparición de un posible efecto secundario en una de las voluntarias fuerza la suspensión temporal de los ensayos.

Hoy se cumplen seis meses del primer confinamiento. La noticia del día es que el peor repunte mundial se está produciendo en las Batuecas. Nuestras autoridades emiten un comunicado tan ambiguo que no se sabe si tratan de consolarnos o de asustarnos aun más: lo peor está por llegar, dicen. Menudas lumbreras. Nadie duda que el otoño, con su oleada de gripes y catarros, complicará la situación. Aun así, en las Batuecas seguimos avanzando hacia la irrealidad: no hay centros de asistencia primaria para las víctimas de enfermedades comunes, pero se anuncian pasarelas de moda para los *fashion victims*.

Volvemos los ojos hacia la Organización Sanitaria Universal buscando medidas drásticas que eviten la hecatombe, pero su única recomendación nueva es que cambiemos el saludo codo con codo por el gesto de llevarnos una mano al corazón. Pero el problema no se resuelve con gestos. En octubre, la situación mundial se ha agravado. Ya van más de un millón de muertos y cada día la cifra de nuevos contagios supera la del día anterior.

### *El toque de queda*

En octubre, las Batuecas alcanza dos records continentales: primer país en superar el millón de contagios y país con más personas contagiadas por millón de habitantes. Europa sitúa el epicentro europeo de la pandemia en nuestra capital, lo que lleva al Gobierno a decretar, en plena fiesta nacional, el estado de alarma en esta ciudad, medida que no tarda en imponer en otras regiones.

Pero las cifras no dejan de subir. Antes de acabar el mes, las autoridades sanitarias definen la situación como «de extrema gravedad» y el Gobierno decreta el toque de queda, aunque sugiere a los medios que sustituyan esta expresión por la de «restricción de la movilidad nocturna», que asusta menos. A esta medida, las autoridades regionales añaden el confinamiento perimetral, impidiendo la libre entrada o salida de vehículos en su demarcación. Bares y restaurantes han sido cerrados por decreto. La magnitud de la catástrofe hace temer lo peor: este año los hijos no convivientes no podrán volver a casa por Navidad.

### *La carrera farmacéutica*

Se dice que esta segunda oleada es más devastadora que la primera. Los virólogos ya hablan incluso de una tercera que sería consecuencia de las fiestas navideñas. Esta circunstancia no preocupa a los asiáticos, que tras superar la primera oleada ni siquiera han conocido una segunda.

Y, de pronto, en medio de la oscuridad, una luz cegadora: un laboratorio estadounidense ha ganado la carrera a los otros diez competidores y ya dispone de una vacuna que previene de la enfermedad en un 90% de los casos. No tarda otro laboratorio en anunciar otro producto de características ligeramente más ventajosas. Y en seguida otro. Ya son tres en dos semanas, sin contar las vacunas china y rusa. Comienza el mercadeo, mejores resultados, más fácil conservación, precios a la baja... El periodo habitual desde que se obtiene un nuevo fármaco hasta que se le concede credibilidad es de varios años. En este caso, la urgencia por apoderarse del mercado reduce ese tiempo de un modo sospechoso.

A pesar del riesgo, el presidente batueco, también preocupado por la economía, se da prisa en anunciar su plan de vacunación obligatoria, amenazando gravemente a quien incumpla el precepto. Nunca se sabe por dónde les puede llegar el poder omnímodo a los dirigentes, por la gracia de Dios, por la gracia de un virus...

Una vez más, los políticos esquivan cualquier responsabilidad y culpan a los ciudadanos de la marcha de la pandemia: «No podemos poner un policía en cada casa», ha dicho el ministro de Sanidad, forma nada sutil de presentar a cada batueco como un delincuente en potencia. Y mientras a los vasallos se nos pide la mayor responsabilidad, los medios difunden la noticia de que el rey ha iniciado una cuarentena. No sabemos cuál pudo ser su imprudencia porque la casa real goza de opacidad.

Días después, también el presidente del Gobierno debe ser puesto en cuarentena. O nuestros mandatarios se saltan sus propios dictados o las medidas de seguridad decretadas son ineficaces.

### *Salvar el comercio*

En las Batuecas, no se nos olvide, vivimos en una sociedad mercantil. Viendo peligrar las grandes ventas propias de la Navidad, el comercio se erige como el principal damnificado. Y como a menor caja menor recaudación municipal, los Ayuntamientos no dudan en jugar con dos barajas. Al mismo tiempo que exhortan a sus vecinos a quedarse en casa, engalanan el centro de las ciudades con bombillas de colores y figuras atractivas que deben contemplarse in situ. Hay quien lo considera un derroche, pero no es gasto, es inversión: ya que vas, compras algo. Al menos el gran comerciante salva el ejercicio. El otro, el del extrarradio, tendrá que seguir esperando un cambio de aires o cerrar definitivamente.

Falta un mes para las navidades y los batuecos, atraídos por el Black Friday y el espectáculo de luz organizado por los munícipes, se han lanzado en manada al asalto de calles y comercios, desoyendo las recomendaciones sanitarias sobre distancia de seguridad. No es por transgredir, es que no están a gusto en sus casas. Los batuecos son más de peña que de pareja. Les cuesta compartir las tareas domésticas, y aunque ahora ya hay alguno que lo hace, la práctica totalidad fracasa (o fracasaría si lo intentara) en el proyecto de formar un entorno de disfrute en ese espacio que, por seguir la corriente, siguen llamando hogar. De ahí que no soporten el confinamiento domiciliario, de ahí su desesperación por el cierre de bares y terrazas: los batuecos necesitan huir de su propia casa.

Pero, entonces, ¿cómo concuerdan los batuecos su desafección al hogar con su apego a las fiestas hogareñas? Muy sencillo: lo que no quieren es estar en casa con los de siempre haciendo lo de todos los días, pero las reuniones macro-familiares son otra cosa. La multitud, sea callejera o tribal, los libera de la vida aburrida, cuando no intolerable. Y el mejor pretexto que los batuecos (pero no solo ellos) han encontrado para romper la rutina es algo tan exótico como el nacimiento de un judío.

Esto abre dos cuestiones. La primera es que, si Cristo nació en primavera, ¿por qué este empeño en celebrar su nacimiento en diciembre? Porque la paleo-Iglesia se equivocó dando por buena la suposición de san Juan Crisóstomo, a mediados del siglo IV, y nadie ha tenido lo que hay que tener para doblar el brazo al Vaticano. Aparte que, comercialmente, es mucho más rentable.

La segunda cuestión es que, si bien la naturaleza divina de Cristo es objetable, lo que está fuera de discusión es que nació en Judea, y los batuecos nunca han mirado con simpatía a un pueblo que en el pasado prefirió a Barrabás antes que a Cristo (condenando a este al martirio y la crucifixión) y en los tiempos que corren se identifica con la acumulación desorbitada de riqueza: a los tradicionales Rothschild y Rockefeller hay que sumar los más modestos Mark Zuckerberg (más de 100 billones de dólares), Larry Ellison (79 billones), Michael Bloomberg (53 billones), Charles y David Koch (40 billones por cabeza), Sheldon Adelson (31 billones), George Soros (26 billones) y muchas otras fortunas que sus propietarios emplean para dirigir la política estadounidense, gobierne uno u otro partido, o para minucias como aplastar al pueblo saharahui.

En las Batuecas, la distribución desigual de la riqueza ilustra un díptico navideño obscenamente impío: de un lado, las colas de la alegría ante los belenes municipales; del otro, las colas del hambre ante los comedores sociales y los bancos de alimentos.

### *El comienzo del fin*

Los políticos batuecos siempre han mostrado su mejor disposición para la creación de titulares con los que glosar los acontecimientos. El último lo ha formulado el presidente como slogan promocional de la campaña de vacunación: «Estamos ante el comienzo del fin». Demasiado ambiguo. No precisa si lo que se extingue es la pandemia o la humanidad. Por desgracia, los indicadores sociales no favorecen la primera interpretación: alerta máxima, toque de queda, vuelta al confinamiento domiciliario... Y aun así, repunte en los niveles de contagio, hospitales desbordados, brote de nuevas cepas con una velocidad de contagio superior a la ya conocida...

En medio del naufragio, los altos estamentos del país dedican sus mayores esfuerzos a presentar la vacuna como tabla de salvación. Para ellos desde luego que lo es. Si después de vacunados los batuecos seguimos enfermado nadie podrá culpar a nuestras autoridades: primero la irresponsabilidad ciudadana, luego la ineficacia farmacéutica, siempre encuentran un tupido velo detrás del que esconder las consecuencias de su doble juego entre economía y salud.

La actitud de los batuecos ante la vacuna es, cómo no, dispar. Unos quieren ver en ella la protección definitiva; otros afirman que los dejará más tontos de lo que ya están. Mientras un buen número de funcionarios de alto rango se ha saltado el protocolo para ser los primeros en vacunarse (prevaricación que les ha costado el puesto), grupos de negacionistas salen a la calle para mostrar su oposición a ser vacunados. Sus argumentos para negar la existencia de un virus que ya ha matado a dos millones de congéneres son peregrinos, pero sus protestas por las medidas del gobierno se pueden entender: les piden quedarse en casa viendo por la tele cómo se abrazan los deportistas, músicos, actores, concursantes y hasta alguno de los políticos que les impiden abrazar a sus afectos más entrañables. Alguno se habrá sorprendido al descubrir que los valores sobre los que se asienta su patria no son la familia, el amor y la amistad, como siempre les habían dicho, sino la economía de mercado, como dijo Carlos Marx.

#### *Primer aniversario*

Hoy se cumple un año del inicio de la pandemia en nuestra tierra y el virus celebra su primer aniversario bailando sobre la tumba de sesenta mil batuecos. Recordamos lo que hace unos meses dijo nuestro primer mandatario: «Unidos hemos vencido al virus». Nostradamus era más fiable que el político de la buena estrella y la falsa promesa. En realidad, este hombre que tenemos por líder fallar no falla. Simplemente pone la diana en lugar distinto al que debería ponerla: su objetivo entonces era salvar el turismo de verano; ahora apunta al de Semana Santa. Caiga quien caiga. Aunque no todos caen. Mientras el pueblo batueco sufre una estremecedora insuficiencia hospitalaria, su monarca emérito, el que estafó al tesoro público, vive a cuerpo de rey en un oasis árabe, subvencionado por el patrimonio nacional. Nada, y aun menos la justicia y la sanidad, son iguales para todos.

#### *Del confinamiento domiciliario a la parranda*

Sin dar tiempo a que la vacuna mejore las estadísticas, las autoridades han flexibilizado las restricciones. Para justificar su enésimo cambio de criterio dicen que el mayor número de contagios se produce en los domicilios, así que todos a la calle, a llenar bares y terrazas, que es donde se está más seguro. No reconocen su claudicación ante el apremio de los hosteleros que se han manifestado en todas las ciudades del país.

#### *Campaña de vacunación*

La inmunidad global frente al virus tiene más de slogan que de aspiración real. Tres meses después de comenzada la campaña de vacunación mundial son más de cien los países que esperan recibir la primera dosis.

Las Batuecas no puede quejarse del reparto, pero sí de la honestidad de alguno de sus políticos que se han saltado el orden de vacunación en su beneficio personal. Igualmente ha obrado buena parte de la familia real: el rey fugado y sus hijas se han

vacunado en un país de Oriente Medio, según ellos para que los ciudadanos batuecos tocásemos a más.

Tampoco ha sido burlado el orden de vacunación. A los sanitarios, educadores y otros grupos de ciudadanos considerados prioritarios en razón de su riesgo, se han añadido los deportistas de élite, artistas y todos aquellos cuya actividad engorde sustancialmente las arcas o el ego de los dirigentes.

Entre los doscientos millones de vacunados, algunos han fallecido. Era de esperar. Todos estamos llamados a morir con o sin vacuna. A pesar de la reacción de los promotores de la campaña, asegurando que la vacuna no ha tenido nada que ver, algunos países de inmediato, y las Batuecas a la zaga, han suspendido la aplicación de la vacuna implicada. Esta reacción justifica la sospecha siguiente: si tan claro está que la vacuna no ha tenido nada que ver, ¿por qué suspenden su aplicación? Por seguir el protocolo, dicen. La mayor utilidad del protocolo, cualquiera que sea, reside en el simple hecho de invocarlo. Sirve para salir del paso ante cualquier duda a la que no se sabe o no se quiere responder. La idea no es nueva. Pilatos ya se sirvió del protocolo para eludir responsabilidades.

La Organización Sanitaria Universal admite la relación causal entre esa vacuna y los fallecimientos por trombosis, si bien matiza que las muertes son muy pocas en comparación con las vidas salvadas. Como este *argumento* no ha impedido el repliegue de personas convocadas para ser vacunadas, las autoridades sanitarias ponen ante las cámaras doctores recordando que todos los medicamentos provocan muertes, por ejemplo... Y mencionan varios fármacos de uso común que siempre nos habían dicho que eran inocuos. La mejor defensa es un ataque, a otros.

Ante el desconcierto de quienes han recibido la primera dosis de la vacuna cuestionada, las autoridades dan un nuevo golpe de timón y los *tranquilizan* afirmando que no es necesario que se pongan la segunda dosis porque, *probablemente*, con una sea suficiente. La maniobra es tan burda. Ineptitud, negligencia, hipocresía... Descrédito.

### *Las fiestas ilegales*

Cada vez proliferan más las llamadas «fiestas ilegales», juergas en las que varias decenas de jóvenes se reúnen para divertirse sin seguir las recomendaciones de las autoridades. Cuando la policía los disuelve, se van a continuar la fiesta unos metros más allá o quedan por whatsapp para la siguiente cita.

Los medios acusan a estos grupos de «irresponsabilidad criminal» por disparar la propagación del virus. Si fuera así, se habrían extinguido por sí mismos. Pero ahí siguen, incumpliendo las normas noche tras noche sin que les pase nada.

Preguntado por los medios, un botellonero presume de haber sido denunciado en más de veinte ocasiones sin que le haya costado un céntimo<sup>(\*)</sup>. O sea que la juerga no conlleva riesgo alguno, ni para la salud ni para el bolsillo: este joven lleva más de cincuenta reuniones ilegales y ahí está, sacando pecho.

Los muertos son de verdad; los juerguistas, también. Unos dan un mensaje; los otros, el contrario. Para aumentar la confusión, los mismos medios que claman por la «irresponsabilidad criminal» de los juerguistas callejeros, afirman en la página siguiente que donde se producen más contagios es en los domicilios familiares. Giro de ciento ochenta grados por parte de las autoridades. Cuando pretendían el confinamiento, los contagios se producían en la calle. Ahora quieren volver a llenar las terrazas y afirman que no hay lugar tan peligroso como el hogar.

<sup>(\*)</sup> En la capital de las Batuecas no se ha cobrado una sola multa de las más de 50.000 impuestas por fiestas ilegales, botellones o incumplimiento del toque de queda. Otro gasto inútil.

Solo bajo la dictadura del general Franco la Semana Santa fue tiempo de dolor y recogimiento por el martirio de Cristo. Con la transición política se recuperó su tradición de tiempo de juerga y charanga. «El pueblo de Madrid / encuentra siempre diversión, / lo mismo en Carnaval / que en viernes de Pasión», decían Romero y Fernández Shaw en su libreto para *Doña Francisquita*, zarzuela de Vives estrenada en 1923.

Ahora, pese a la confusión generada desde arriba, la Semana Santa vuelve a ser festejada como un tiempo de vacaciones. La capital batueca es reconocida como centro internacional de la diversión sin trabas. En la playa, la gente vuelve a ponerse el bañador y a brindar en los chiringuitos. Las salas de espectáculos y centros deportivos reabren con el aforo reducido al 30%. Se supone que entre cada dos espectadores debería haber dos localidades vacías. Pero en muchos locales es fácil ver cómo, una vez dentro, ese tercio forma una piña.

#### *Fallecidos por la vacuna*

Los propagandistas de la vacunación denigran a los reacios llamándolos terraplanistas. No admiten que la razón de su rechazo pueda ser que no les gusta que los empujen. En las Batuecas ya son seis los fallecidos a consecuencia de la vacuna. Dicen los medios que este número es insignificante, que más mueren al caerse por un tropezón o al ser alcanzados por un rayo.

Un efecto adverso del nuevo fármaco es la aparición de una «forma rara de coágulos sanguíneos» en mujeres jóvenes. Solo en la región nororiental de las Batuecas se han detectado 540 casos de trombosis, alguna de ellas con desenlace letal.

A pesar de que las muertes ya superan la docena, la ministra encargada de nuestra Sanidad enfatiza: «Nuestro objetivo es vacunar, vacunar y vacunar». Lo que no tiene tan claro es cómo. Desde el principio, las autoridades establecieron la pauta de poner dos dosis. Ahora, a los vacunados con la marca cuestionada les dicen que tal vez con una sea suficiente. Y, un día después, que quizá les pongan la segunda dosis de una vacuna distinta. Por el contrario, sobre la vacuna mejor promocionada apuntan que quizá sea necesaria una tercera dosis. Se pronunciarán después de las pruebas que se están haciendo con seiscientos voluntarios. Los ciudadanos como cobayas.

#### *Fin del estado de excepción*

A mediados de mayo han expirado las medidas excepcionales impuestas por el gobierno central de las Batuecas. Ahora serán los gobiernos autonómicos los que propongan las restricciones ciudadanas y los jueces respectivos los que aprueben o denieguen su puesta en vigor, creando una situación bastante confusa entre los distintos núcleos poblacionales. Los batuecos tenemos una sola Constitución, pero tantas interpretaciones como tribunales.

#### *El buen tiempo*

Junio es un mes pródigo en noticias, todas buenas. No para los que siguen falleciendo, pero sí para la opinión pública orquestada por los medios de acuerdo con la partitura escrita por las autoridades. Llega el verano, tiempo de hacer caja.



Algunos gobiernos otorgan a los ciudadanos vacunados un «pasaporte Covid» que les da permiso de reunión, asistencia a locales, movilidad nocturna, movilidad por el país, exención de cuarentena tras los viajes al extranjero... Este documento da a su poseedor la categoría de «ciudadano libre de coronavirus», condición bastante dudosa debido a la constante aparición de nuevas variantes que pueden burlar las vacunas aplicadas.

A los batuecos les va tanto la jerga que para llenar terrazas y discotecas no necesitan al de fuera. Pero como el extranjero suele tener el bolsillo más flojo, siempre es bienvenido. Este mes, las Batuecas han abierto sus puertas a los visitantes de cualquier procedencia con el solo requisito de poseer el carnet de vacunado.

No es el único indicio de que la batalla contra el virus está siendo ganada. Uno de los más celebrados es la derogación de los límites territoriales. Después de mucho tiempo, vuelven a ser noticia los muertos en carretera durante las escapadas de fin de semana, batuecos sanos que habían resistido al virus pero no al deseo de huir quién sabe de qué. Quizá su existencia no los hacía felices y en la primera oportunidad salieron a escape de su vivienda habitual, de su ciudad y, ya puestos, de la vida.

También los alumnos de Secundaria y de Bachillerato creen tener motivos para alegrarse: podrán pasar al curso siguiente con dos asignaturas suspendidas. Los batuecos, que ya eran incultos, a partir de ahora lo serán aún más.

### *La quinta ola*

En julio vuelven a dispararse las alarmas. La casi totalidad de las Batuecas está en situación de riesgo extremo. Los virólogos la llaman quinta ola del virus. Su elemento más agresivo es la variante inglesa, que afecta a la mitad de los contagiados de aquella isla. Como si la cosa no fuera con ellos, las autoridades británicas derogan todo tipo de restricciones y animan a llenar las gradas de Wimbledon y Wembley a cara descubierta. La respuesta no se hace esperar: miles de aficionados asaltan calles y estadios vociferando su euforia salivada sobre la cara del otro, libre de la incómoda mascarilla. En las Batuecas los recibimos con las cajas abiertas.

Ya desde el principio las autoridades nos habían advertido de que el virus tenía sus rarezas. ¿Te acuerdas de la cepa puritana? ¡Con qué saña perseguía a las parejas! A más de uno lo multaron con seiscientos batuecos por hacer la compra en compañía de su mujer, los dos reglamentariamente enmascarados. Luego vino otra cepa que se las daba de sana porque defendía el ejercicio físico. A mí me pareció confusa porque te obligaba a pasear con mascarilla pero podías prescindir de ella si corrías, no importaba que al trotar disparases tus ansias contra la cara de otros viandantes. Ahora, con el buen tiempo, predomina la cepa fenicia, que respeta cualquier masificación si conlleva un beneficio económico.

Esta incapacidad del virus para sujetarse a un criterio razonablemente duradero acabó por generar entre los batuecos un síndrome caracterizado por el encogimiento de hombros o el atrincheramiento en la vacuna. Pero el virus no da tregua. Los inscritos en cualquiera de los dos casos, preferentemente los segundos, han recibido con estupor la aparición de contagios entre individuos con la pauta de vacunación completa, alguno con desenlace mortal. No menos perpleja, la Organización Sanitaria Universal admite que «la inmunidad total no existe» y estudia la conveniencia de inyectar una tercera dosis.

El pacto entre hosteleros y autoridades ha funcionado. Nuestros restauradores han podido hacer su agosto sin perjuicio económico. Las ciudades costeras han lucido sus playas, sus paseos, sus terrazas y sus calles abarrotados de gente, más incluso que en los años anteriores a la pandemia porque los batuecos no se han atrevido a cruzar la frontera, pero tampoco se han resignado a quedarse en casa. Además, para qué, si aquí pueden andar sin mascarilla, sin distancia de seguridad, sin límite de horario... En consecuencia, el número de fallecidos por la covid no ha dejado de crecer. El 31 de agosto Sanidad registraba 194 defunciones, la cifra diaria más alta de la llamada quinta ola. Si estuviéramos en mayo, las autoridades sanitarias habrían exigido medidas. Pero es tiempo de verano y la consigna es hacer caja.

En octubre se anuncia el fin oficial de las restricciones de aforo en los eventos deportivos y espectáculos escénicos, al tiempo que aumenta el cierre de centros de atención primaria y se reduce el número de sanitarios. El enfado legítimo de este colectivo da pie a que los más negligentes desatiendan cualquier dolencia no relacionada con la pandemia. La Sanidad batueca ha cambiado de slogan: del «Sea responsable: no se automedique» han pasado al «No moleste, hombre, ¿no ve que estamos ocupados?». Decir Sanidad impúdica es una redundancia.

También se liberan las restricciones al sector gastronómico. Hay que aprovechar los puentes del Pilar y Todos los Santos. Como canta un personaje de *Doña Francisquita*, «el pueblo de Madrid / encuentra siempre diversión, / lo mismo en Carnaval / que en viernes de Pasión». Y si no hay santo, hay botellón.

Mientras los batuecos celebran la remisión de la mortandad como si la epidemia fuese cosa del pasado, el virus sigue matando más de mil personas diarias en países como Rusia o Brasil.

### *Inmunidad de grupo*

En noviembre, el nuevo mantra es la inmunidad de grupo, slogan que los batuecos de a pie interpretan como que todos somos, o estamos apunto de ser, definitivamente inmunes al virus. Para alcanzar este objetivo, el Gobierno ha puesto en marcha una campaña de vacunación sin precedentes, rebajando el límite de edad a los cinco años y poniendo una tercera dosis a los mayores de sesenta y cinco. Es llamativo el tratamiento del grupo más longevo: dos vacunas en el mismo acto: la anual de la gripe y la tercera del corona, una en cada brazo y sin el protocolo engorroso de las dosis anteriores, cuando te ponían un algodón que debías apretar durante cinco minutos y te mantenían en observación al menos un cuarto de hora por si te notabas algo. Ahora no hace falta, se vacuna tipo cuartel, vayan pasando, pinchazo aquí, pinchazo allá y que avance el siguiente. A propósito de conducta cuartelera, algún presidente regional exige la vacunación de todos los batuecos «por las buenas o por las malas, por lo civil o por lo militar». Según él, así estaríamos todos a salvo. Este cantamañanas, bien cotizado en los platós de televisión, se pasa por el forro las 55.000 notificaciones oficiales sobre personas que han sufrido efectos adversos a consecuencia de la vacuna. De ellas, 375 con desenlace fatal y 11.000 calificadas como «muy graves».

### *La variante Ómicron*

Sin apenas darnos tiempo para celebrar el portento de la nueva vacuna, compatible con cualquiera de las anteriores e incluso con la antigripal, ha surgido otra variante que nos devuelve la incertidumbre. La llaman Ómicron y procede del Sur de África. Esta variante ha evidenciado la falacia de la globalización. Según las

autoridades batuecas, en nuestro país el índice de vacunación es de 91,2 % entre la población diana, que es como llaman a los batuecos susceptibles de ser vacunados. En las regiones centrales de África, los índices fluctúan entre el 0 y el 1 %.

Reforzada por la variante ómicron, la escalada invernal del virus ha provocado el endurecimiento de las restricciones en todo el Continente, desde la exigencia del pasaporte covid, un documento imprescindible para viajar, entrar en restaurantes o asistir a espectáculos públicos, hasta la sanción económica a quien no se vacune. Esta medida es un flagrante desatino porque mete en el mismo saco a los negacionistas alucinados, como el esperpento del «chis satánico», y a quienes, aceptando la evidencia del virus, discrepan de las decisiones de unas autoridades desprestigiadas por su arbitrariedad e ineptitud. Puede que no les falte razón a estos discordantes: la mayoría de enfermos que entran en la UCI tienen puestas las dos primeras dosis de la vacuna.

Por no hablar de los cientos de sanitarios contagiados pese a tener puesta la pauta de vacunación completa, usar la mascarilla en todo momento y tomar todas las precauciones que ellos mismos recomiendan (esto último se les supone).

Este dato, reforzado por el regreso de las Batuecas a la lista de países de riesgo, debería sugerir al ciudadano que quizá la solución no esté tanto en los laboratorios como en un cambio de hábitos. Pero no. Los batuecos siguen buscando la felicidad en las fiestas, mejor cuanto más concurridas. Y como las autoridades persisten en su letanía, «vacunar, vacunar y vacunar», frente a los vacunódromos se forman colas kilométricas de aspirantes al líquido mágico.

Pero las vacunas no evitan la transmisión. Y los poseedores del pasaporte covid, imbuidos de una euforia inmunitaria, están contribuyendo a aumentar el número de casos. En medio de este repunte, afrontamos la Navidad, fiesta familiar por excelencia en la que todo apunta a que será el virus quien brinde más alto. Los sanitarios recuerdan que el 80 % de los contagios se produce en los hogares. El presidente batueco toma nota y decreta la obligatoriedad de llevar mascarilla incluso en los espacios abiertos. Si algo caracteriza la gestión gubernamental es la toma de medidas vistosas pero ineficaces.

Hay que decir que la arbitrariedad en la aplicación de restricciones no es patrimonio de las Batuecas. Un ejemplo es la duración de la cuarentena. Mientras los ciudadanos de algunos países deben permanecer aislados durante dos semanas, a los batuecos nos basta con diez días, cinco a los estadounidenses y tres a los italianos.

Esta discrepancia entre países me recuerda cuando, siendo niño, durante unas vacaciones en la playa no me dejaban bañarme hasta dos horas y media después de haber comido. Si lo hacía, se me podía cortar la digestión con unas consecuencias pavorosas, vómitos, caída del pelo, incluso la muerte. En cambio, los niños nacidos en Francia se metían en el agua sin ninguna precaución. Cuando les dije lo que podía pasarles, se rieron de mí. Pensé que el cuerpo de los franceses era más resistente que el de los batuecos. Cómo iba yo a saber que la aplicación de normas sobre salud pública no depende de criterios sanitarios sino económicos, políticos y hasta del talante del juez que toque en cada región. Lo viene diciendo un profesor emérito: «los procedimientos y la burocracia prevalecen sobre la ciencia y el sentido común».

#### *Otra forma de vacunar*

Hasta principios de 2022 se han administrado en nuestro país 54 millones de dosis de la marca que encabeza las ventas y 14 millones de la segunda clasificada.

Estas cifras han elevado la cotización en bolsa de ambas farmacéuticas a despecho de las muertes provocadas por sus fármacos.

Me pregunto por qué una vacuna puede llegar a matar. Como saber es mejor que no saber, leo algo. Resulta que esto que nos ponen no funciona como las vacunas de toda la vida, esas que consisten en *atacar* el cuerpo con un enemigo débil para que el invasor sea fácilmente derrotado. La sustancia que ahora nos ponen no es un antígeno, sino un ácido que enseña a nuestras células a fabricar su propio coronavirus. O algo así. Mi nivel intelectual no me permite comprender el proceso, pero sí que somos cobayas en un experimento nuevo en la historia de la medicina. Espero que no acabe como la talidomida.

Me tranquilizaría saber que algún organismo dirigido por gente honesta supervisa el comportamiento de los fabricantes de fármacos, pero sé que el ente encargado de hacerlo, la Agencia Continental de Medicamentos, se financia en un 80 % con aportaciones de las farmacéuticas, o sea que.

La ocultación de datos y la tendenciosidad en su presentación practicada por estas compañías ha sido bautizada como el *vacunagate*. Aun así, los informes sobre los ensayos clínicos demuestran que entre los vacunados se produjeron tantas muertes como entre los tratados con placebo.

Dejando a un lado los ensayos, lo que la práctica ha demostrado de manera incontestable es que la eficacia de las vacunas frente a la cepa Alfa decayó frente a la cepa Delta y ha sido prácticamente nula frente a la Ómicron. El número de contagios detectados entre Navidad y una semana después de Reyes es superior en las personas vacunadas que en las no vacunadas (probablemente por la falsa seguridad conferida por el pasaporte, la pauta completa y otras gaitas). Aun así, el gobierno sigue insistiendo en la tercera dosis y en ampliar la población diana con franjas de edades cada vez más bajas.

### *Actuación inconstitucional del Gobierno*

Resulta llamativo el fallo de los jueces contra el decreto de marzo de 2020 mediante el cual miles de ciudadanos fueron sancionados en nombre de un estado de alarma excesivo, injustificado e inútil, como se vio ante el avance imparable de la pandemia, por mucho que las autoridades y sus corifeos tratasen de maquillar la realidad para salvar el verano.

Casi dos años después de aquel alarde autoritario, llega una sentencia que dice que el Gobierno de las Batuecas actuó de manera inconstitucional contra la ciudadanía. Es decir, que vulneró la Constitución para ejercer un abuso de poder y que debe devolver a los ciudadanos el dinero que les arrebató mediante la violencia propia de quien lleva una placa. Vale. Pero, ¿quién retira de los archivos policiales el expediente en el que se acusa a un ciudadano honrado y pacífico de «infractor grave de la ley de Protección de la Seguridad Ciudadana»? ¿Quién borra la humillación de la memoria del abusado? ¿Quién lo resarce de las noches de insomnio que siguieron a la ofensa, la sensación de impotencia, de sometimiento ante quienes esgrimen la ley en contra de la justicia?

Lo dije al principio de esta purga: el delincuente no soy yo.

### *Nuevo mantra gubernamental*

Dicen los medios que el número de batuecos fallecidos ayer batió el record establecido hace un año. Aquella vez, el acontecimiento fue considerado como una tragedia nacional. Hoy, apenas le dan importancia. Entonces había que engordar a las farmacéuticas y el mantra del gobierno era «vacunar, vacunar y vacunar». Hoy,

las autoridades asumen que el virus ha venido para quedarse y su nuevo mantra es que «debemos aprender a convivir con él». En otras palabras, quien se muera lo hará por no haber aprendido la lección. Al amparo de esta exención de culpas, el gobierno pasa a engordar otros sectores de la economía y, en pleno incremento de fallecimientos (a punto de alcanzar los cien mil), deroga la obligación de llevar mascarilla en espacios abiertos y amplía el aforo en los espectáculos. Allá cada cual.

### *La Corona atacada*

Hace un mes, los batuecos veíamos cómo nuestro monarca recibía el jeringazo que completaba su pauta de vacunación. Hoy, la noticia es que el rey se ha contagiado y debe permanecer aislado. Como de común acuerdo, el eterno heredero al trono británico ha dado positivo, forzando a todos los miembros de la casa real a un aislamiento preventivo. Parece que este virus no respeta ni las testas coronadas. Sus contagios, sumados a los de artistas y deportistas de élite que deben interrumpir su actividad por haber dado positivo en los controles, desmienten la eficacia de la vacuna.

Refuerza esta conclusión la comparecencia en el Ágora de un pionero de la farmacología batueca que mostró su desacuerdo con la actuación de unos políticos más proclives a dictar protocolos burocráticos que a proteger al ciudadano. La campaña de vacunación, según él, fue un *experimento masivo* cuyos efectos deberían haber sido vigilados por agencias ajenas a las farmacéuticas. Lo que tampoco habría cambiado las cosas: la Agencia Continental de Medicamentos nació para proteger a las compañías, no a los ciudadanos.

Tras once días de aislamiento, el rey batueco ha vuelto a su actividad normal. La prensa destaca su ejemplaridad ciudadana recordando que fue «el primer miembro de la familia real que se *inmunizó*». Dice el Diccionario que la inmunidad es la condición de quien no puede ser atacado por una enfermedad. Deslices lingüísticos aparte, lo cierto es que no es la primera vez que el rey debe pasar un confinamiento. Y la reincidencia está fea en un ciudadano ejemplar.

### *La guerra*

Súbitamente, el virus ha dejado de interesar a los medios. No es que su riesgo haya disminuido, solo se ha eclipsado. El astro responsable se llama Guerra. La guerra ha acompañado a la humanidad durante toda la historia, pero a los batuecos hace décadas que dejó de preocuparnos. Las bombas caían lejos. También ahora: a más de tres mil kilómetros. Pero hay un factor que debe cambiar nuestra percepción: la han desatado las fuerzas del mal, o sea los enemigos de la civilización occidental, o sea los rusos.

A mí, esta explicación no me convence. De un modo u otro, las fuerzas del mal no han dejado de atentar a nuestra manera de entender la civilización. A finales del siglo pasado fue un país musulmán el que mereció ser arrasado por atreverse a ponernos en peligro, aunque luego se vio que lo único que peligraba era el negocio de la industria petrolera.

Algo así debe de suceder ahora. En los últimos años, la industria del armamento, receptora habitual de los mayores ingresos, estaba un poco pelusona con el auge mercantil de la farmacéutica. En términos económicos, a los grandes potentados les da igual de dónde les venga el dinero. Hace tiempo que ocupan puestos en los consejos de administración de los que sanan y de los que matan. Pero solo las armas les aseguran que el grifo no se cierre. Era de esperar que ordenasen a sus políticos tomar medidas.

En los países sin implicación directa, la primera repercusión de la guerra se da en las bolsas: baja la financiera y sube la de la compra. Malo para el ciudadano, bueno para el especulador.

La segunda consecuencia viene derivada de su participación en el conflicto. El Ejército batueco ha enviado decenas de toneladas de material militar ofensivo al bando agredido y ha reforzado su contingente de soldados en las inmediaciones del frente.

Cuando la guerra del Golfo, el presidente batueco nos mantuvo al margen del conflicto. Ahora nos gobierna el mismo partido, pero con distinto líder. Hemos pasado del político del buen rollito al de la buena estrella. Veremos cuánto le dura el fulgor.

### *Fin (oficial) de la pandemia*

Las cifras de contagios y fallecidos son las mismas que, no hace mucho tiempo, eran tratadas por nuestro máximo dirigente como una emergencia nacional. Hoy, con igual solvencia que entonces, el hombre que gobierna las Batuecas ha decretado que el nivel de peligrosidad del corona no excede el de una gripe o cualquier otra enfermedad habitual, por lo que todas las medidas preventivas quedan derogadas.

Bien distinta es la actitud del director de la Organización Sanitaria Universal quien, a la luz del importante aumento de casos registrado en las últimas semanas a nivel mundial, afirma que el fin de la pandemia está muy lejos y que las autoridades deberían permanecer vigilantes. En su opinión, solo estamos viendo la punta del iceberg y nuevos brotes y repuntes surgirán allí donde se levanten las restricciones.

Pero se aproxima el buen tiempo y las cajas de la restauración ya están abriendo sus fauces. Desde el 20 de abril, solo es obligatorio el uso de mascarilla en los transportes públicos y centros de atención sanitaria. Esta liberación ha desatado el entusiasmo entre miles de parejas que habían pospuesto su enlace hasta poder celebrarlo a cara descubierta y con cuatrocientos invitados al ágape.